

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Viernes, 24 de Abril de 2009



TRIGESIMOSEGUNDO CAPÍTULO. DON CARLOS.

Repican las campanas de la iglesia de San Benito, en Valdecañada, un pueblo perdido de la Castilla decimonónica, austera, imperturbable. La gente del pueblo acude al funeral de Carlos, un farmacéutico, muy conocido por todos. Pero este funeral es muy diferente, es muy distinto a cuantos se han celebrado antes en el pueblo. Se rumorea que el féretro está vacío en su interior. Nadie en el pueblo lo sabe de cierto. Tampoco lo sabe la familia, a la que se le ha entregado una caja fúnebre precintada para que le den sepultura. La guardia civil custodia desde primera hora de la mañana la casa y la botica de don Carlos. Horas antes de dar comienzo el funeral, doña Petra y Marcial “el tonelero” han presenciado cómo la pareja de la guardia civil llevaba esposado a un señor canoso con bigote, y lo introducían en una diligencia escoltada. No había nadie más a esa hora en la calle donde los familiares estaban llorando la desaparición de don Carlos. Sin embargo, la autoridad pública había sacado a este señor por la puerta trasera de la botica.

Los rumores comienzan a correr por todo el pueblo, que en unas horas, convierten la noticia en *vox populi*. Todo es bastante extraño. Han pasado casi nueve meses desde que don Carlos ya no atiende en la farmacia. La familia, preocupada, puso el asunto en manos de la guardia civil cuando ya era evidente que don Carlos no daba señales de vida. En el pueblo, todos saben que don Carlos era el que más viajaba. Es natural. El boticario debe acudir semanalmente a la capital para comprar los productos con los que fabricar los mejunjes, pomadas y medicinas. Era evidente que don Carlos era el más sabio en este pueblo. Todos quienes han tenido la oportunidad de haberlo oído dando charlas en el casino lo saben. Conocía perfectamente cuáles eran los problemas del país. Y posiblemente conociera cuáles eran las soluciones que había que tomar. Además de él, el alcalde, don Matías, el juez de paz, don Julián, y don Lucas, el párroco, eran los únicos que sabían leer y escribir.

Las pesquisas de la guardia civil consiguieron trazar un retrato ideológico de don Carlos: aborrecía la monarquía como sistema político y tenía idealizado el sistema político de Francia. El comisario Hernández requisó toda la prensa que tenía esparcida sobre la enorme mesa caoba de su estudio. Don Carlos subrayaba con un pequeño carboncillo las frases y expresiones más importantes en cada noticia política que llegaba desde Madrid. Era evidente que, la desaparición de don Carlos tenía algo de clandestino. Los libros de las estanterías, todos ellos de medicinas y farmacología, no aportaban nada interesante que pudiera servir como pistas para llegar a la resolución del caso.

En el funeral, con la iglesia abarrotada por todos los vecinos a quienes despachaba don Carlos, la familia aparece destrozada tras consumarse la tragedia. Sin embargo, un hombre alto, con pelo canoso y gran bigote, vestido con un traje gris marengo, sombrero a juego y garrota de ébano, se cuela por entre quienes intentan dar el pésame a la familia. Nadie conoce a este individuo. Doña Petra piensa que se trata del mismo hombre al que vio salir esposado en compañía de la guardia civil horas antes. Marcial “el tonelero” lo vio de espaldas y no pudo cerciorarse de sus facciones físicas. Pero por la forma cómo caminaba, estaba seguro de que era la misma persona. Quienes pudieron presenciar mejor sus facciones físicas, sin embargo, no pudieron ver por completo su rostro. El señor no se quitó el sombrero en ningún momento, lo que es una falta de respeto cuando se está en el interior de un templo religioso. Además, llevaba unas gafas que ocultaban sus ojos y sus pómulos. Hubo quienes lo identificaron con el propio farmacéutico. Pero era imposible. Don Carlos estaba de cuerpo presente. Ante la mirada de una buena parte del pueblo, que esperaba a los pies del altar para dar el pésame a la familia del difunto, el individuo desconocido abrazaba y besaba con suma ternura y cariño a toda la familia. No era común, ni mucho menos, que un hombre desconocido exteriorizase de esa manera sus sentimientos. En 1873, en la Castilla interior, un hombre no mostraba su dolor de esa manera. Todos estaban intrigados, y los cotilleos comenzaron justo en la misma ceremonia.

Fortuitamente, en una de las pesquisas que la guardia civil estaba realizando en el estudio de don Carlos, unos papeles cayeron a los pies del comisario Hernández. Estos papeles se encontraban en el interior de un manual de medicinas terapéuticas. Eran varios manuscritos, varias cartas. Era una correspondencia de la que la propia familia no tenía conocimiento. El remitente era Don Fernando Gómez de Guevara, con domicilio en Calle Santillana número 4, en Madrid. Gómez de Guevara era uno de los líderes más importantes del partido republicano. El comisario Hernández supuso que don Carlos, o formaba parte del partido republicano, o pertenecía a una sociedad secreta cercana a él. Era muy común que farmacéuticos, médicos, abogados, políticos, formaran parte de una logia. Lo que no era común es que se diera también en pueblos menores, en teoría sin importancia. El contenido de los manuscritos era bastante claro. Había una dirección (calle Cervantes número 15) y una fecha concreta: 25 de octubre de 1872. Eso era lo único más importante que pudieron sacar a la luz. El resto del texto parecía estar en clave. Era muy difícil descifrarlo. Había frases contradictorias, pero estaban dotadas de algún tipo de significado.

Una vez terminada la ceremonia, comenzó a avanzar toda la comitiva hacia el camposanto. A unos cien metros de ella, en una posición secundaria, pero a la vista de todos, avanzaba el extraño individuo. Con el sol de media tarde, muchos pudieron percatarse de que, salvo por el sombrero y el bastón, el individuo coincidía, al menos en cuanto a la silueta, con el difunto don Carlos. Pero siquiera pensarlo causaba pavor entre los vecinos. Se convencían unos a otros de que esa posibilidad era imposible, no había que dudar de que a quien estaban enterrando era a don Carlos. Cuando el entierro había terminado, al volver al pueblo, nadie pudo ver más al extraño individuo. Era como si se hubiera esfumado. Estaba allí, a unos cincuenta metros del resto, apartado del camposanto, pero al instante, ya no había nadie. Nadie lo vio llegar, nadie lo vio partir. De la misma manera como llegó, así se esfumó. Por mucho que preguntaban a los familiares, ni siquiera ellos sabían quien era aquel personaje que besó sus rostros y los estrechó entre sus brazos. Aunque Luís, el hijo pequeño de don Carlos pudo identificar la fragancia que olió de aquel señor como la misma que usaba su difunto padre.

En Madrid, el comisario Hernández leía y releía aquellas cartas en busca de un significado. Tras haber tomado dos cafés bien cargados, la mente comenzó a trabajar. Finalmente empezó a obtener algunas conclusiones. Había un nombre, en clave, que se repetía mucho. Era “Turinesse”. *Turinesse tiene que caminar cerca en su destino. La novedad debe aparecer pronto. Incubando tiempo el huevo de la luz nueva, hemos de avanzar con precisión y coraje. Turinesse está cansado y hay que evitar que coja fuerzas nuevas. La hierba ha de ser regada, para que crezca con su verdor de sanidad.* Éste era el párrafo que más intrigaba al comisario Hernández. Las pesquisas que realizó en Madrid fueron infructuosas. La dirección del remite no existía, simplemente. La que aparecía en el texto manuscrito correspondía con un bloque de pisos que estaban en estado ruinoso. Era evidente que también las direcciones se correspondían con claves difíciles de averiguar. Normalmente, los escritos secretos de una logía, o partido político suelen presentar al final un sello que los identifique. En este caso, los manuscritos no tenían ni siquiera firma. También era evidente que el remitente, el tal Gómez de Guevara podía ser otra clave. Se sabía que los Gómez de Guevara eran borbónicos, es decir, partidarios de la Casa de Borbón, que había sido destronada en septiembre de 1868. Algo no encajaba en todo esto. O bien, Gómez de Guevara existía y estaba en la misma organización que don Carlos, o bien era un nombre en clave que revestía mambres monárquicos, cuando en realidad se trataría de una organización republicana, cuyos objetivos no eran muy claros.

En Valdecañada, los vecinos siguen especulando con el personaje aquél que asistió al entierro del difunto don Carlos. Y no se le ha vuelto a ver desde entonces. Mariano y Jesús, dos de los mejores amigos que tenía don Carlos, han llegado a la conclusión de que algo muy raro sucede con todo el asunto. Visitan casi a diario a la familia para infundirles fuerzas y dales ánimos. Una noche, como movidos por un impulso a medio camino entre la intuición y la desesperación, decidieron profanar el camposanto y comprobar qué era lo que había en el interior del féretro de don Carlos. Así lo hicieron. Quedaron pasmados. Efectivamente, había un cadáver, pero no era don Carlos. Ese esperpento no se correspondía con don Carlos. No era él. Habían enterrado a otra persona. No podían decirlo, porque, no sólo no los iban a creer, sino que profanar el cementerio estaba penado con cárcel. El asunto era muy raro.

El comisario Hernández estaba a punto de dar con la clave definitiva de todo. *Turinesse* se correspondía, efectivamente, con don Amadeo de Saboya, el Rey de España. Sin embargo, el jefe de Policía, don Juan de Azcárate, lo retiró del caso. Hernández estaba convencido de que había algo muy gordo planeado, y había mucha gente implicada, incluido su propio jefe. Especulando, Hernández, llegó a la conclusión de que lo que se estaba planeando era un atentado que matase al rey. Amadeo no era un rey muy querido. Su valedor, el general Prim, también fue asesinado unos años antes. Y don Carlos, Gómez de Guevara, don Juan de Azcárate... todos estaban implicados, estaba seguro. Sin embargo, Hernández, cumpliendo fielmente las órdenes de su superior, dejó a un lado el caso, y finalmente se olvidó. Hasta que el 8 de enero de 1873 se sucedieron los acontecimientos: cinco hombres armados se habían abalanzado sobre la carroza real, a la salida del palacio de oriente. El rey fue herido en su muslo izquierdo, pero la guardia real pudo dar muerte a los agresores. Realmente, su identificación era muy difícil de hacer, pero uno de ellos se pensó que se correspondía con el farmacéutico de Valdecañas. Y todo ello, porque su navaja estaba impregnada con unos medicamentos que, en contacto con la sangre, emponzoñaban la herida y aceleraba el proceso de muerte. Además, llevaba en su chaqueta una tarjeta que le identificaba como don Carlos, farmacéutico de Valdecañas. El cuerpo fue inmediatamente trasladado al pueblo, pero su familia no tuvo oportunidad de identificarlo.

Con los años, Mariano y Jesús contaron su fechoría a los hijos de don Carlos, que conocieron que el cuerpo que habían enterrado años atrás no era el de su padre. Nada se supo más sobre don Carlos. Las historias que se cuentan por el pueblo forman parte de la leyenda. ¿Quién era ese individuo que salió por la puerta trasera de la farmacia de don Carlos esposado por la guardia civil? ¿Quién era ese individuo que se apareció en el sepelio y actuó como si se despediera de la familia de don Carlos? ¿A qué organización pertenecía don Carlos? ¿Participó en el atentado contra don Amadeo de Saboya, rey de España? ¿Quién era ese cadáver que fue enterrado en lugar de don Carlos? Pero, sobre todo, ¿qué ocurrió realmente con don Carlos? Nada se supo más.

Un mes después del atentado, don Amadeo renunció al trono de España. Los republicanos cumplieron su objetivo: se proclamó la República en España.

El atentado contra Amadeo y los hechos descritos en este relato son una invención del autor.